

Matrimonio de Tommaso Campiotti y Laura Miguel Pastor
Santa Maria Rossa in Crescenzago, Milán, 6 de abril de 2024
Sábado de la Octava de Pascua

Lecturas: Tobías 8, 4b-8; Filipenses 4, 4-9; Juan 21, 1-14

Tobías se levantó de la cama y dijo a Sara: «Levántate, mujer. Vamos a rezar pidiendo a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos proteja». Ella se levantó, y comenzaron a suplicar la protección del Señor. (Tb 8, 4b-5)

Esta exhortación y esta oración que Tobías y Sara se intercambian como primer gesto de su vida matrimonial me hace pensar inmediatamente en la primera exhortación con la cual San Benito pide a los monjes que empiecen el camino de su vocación virginal y comunitaria: *Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que Él la lleve a término* (RB, prólogo 4)

Cada vocación, cada estado de vida al que estamos llamados, es una obra de Dios a cuyo trabajo el Señor nos llama, entregándonos el principio. Todo el camino, toda la construcción, todo el crecimiento y la maduración que desde el principio se quiere desarrollar, todo, como en una semilla, está contenido y es generado entre la tierra que acoge la semilla y el sol y la lluvia de los cuales la tierra siempre tendrá necesidad, para que la semilla llegue al cumplimiento de su fruto. La oración es la conciencia que une la capacidad de la tierra con la indispensable aportación, con la irrenunciable intervención del sol y de la lluvia, o sea del cielo, para que la semilla dé fruto. La oración en la vida, en el corazón, en las relaciones, en las obras, une el inicio al cumplimiento, la vocación del inicio a la gracia del cumplimiento. También el inicio es gracia, y lo sabe bien quien se enamora, o quien se siente atraído por cualquier vocación. Pero el inicio es una gracia que tiende al cumplimiento y, sin asumir esta tensión como pregunta, como oración, la libertad con el tiempo pierde la gracia del inicio, la deja apagarse, hacerse árida, y así pierde también la alegría del cumplimiento. Pero qué paz nos dona la conciencia de que lo que lleva a la semilla hacia el fruto, hacia la cosecha, lo que lleva el inicio hacia su cumplimiento, no es nuestra capacidad, nuestro esfuerzo, nuestra coherencia, sino la mendicidad. Y a menudo, es justo la experiencia de la aridez que devuelve a la tierra a la mendicidad de aquello que viene del cielo para regarla y calentarla, devolviéndole vida, devolviéndole una tensión viva y fecunda hacia su fin.

Tobías despierta a la esposa, la despierta, a lo mejor, de un cierto dar por descontado, que viene enseguida a tentar la conciencia, la relación, la obra a la que estamos llamados: *Levántate, mujer. Vamos a rezar pidiendo a nuestro Señor que se apiade de nosotros y nos proteja*. Deberíamos despertarnos así cada mañana, como San Benito pide que se despierten los monjes para el rezo matinal: *Duerman vestidos (...) para estar siempre listos para levantarse; así, cuando se dé la señal, se pondrán en pie sin tardanza y de prisa para acudir a la obra de Dios* (RB 22,6).

La Obra de Dios para Benito es la oración, la oración que abre la vida a Dios que obra en ella la vocación y su cumplimiento.

Entendido esto, se ha entendido todo, o al menos se ha entendido lo que hace posible de nuevo que la vida se cumpla en la tensión al cumplimiento para el que existimos y para el que la vida nos es dada, y por lo que se nos ha dado una vocación y una compañía vocacional, que para los esposos está concentrada en la mujer y en el marido.

Lo subraya también san Pablo escribiendo a los Filipenses, invitándoles a alegrarse siempre justo por esto: *Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.* (Fil 4, 6-7)

La angustia, el afán, es un hacer frente a la vida vuelto hacia uno mismo. Es como si la tierra árida le pidiese a sí misma el agua que le falta. El contrario de la angustia es “la paz de Dios”. Nosotros no podemos dársela, pero podemos pedirla y recibirla. Pedirle todo a Dios es lo más grande que el hombre puede hacer, porque es el reconocimiento de nuestro límite que se convierte en apertura al infinito. También Pablo se complace, como Tobías y San Benito, en subrayar que aquello que libera la libertad es pedir todo lo posible, en todos los modos y en todas las formas: *en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios.*

Pero la lectura del libro de Tobías nos remite, junto con la oración, al hecho de que ésta es también el ámbito en el que expresar la preferencia. Tobías ha entendido que expresar una preferencia por Dios es la manera más firme y bella para vivir la preferencia humana, la preferencia de la amistad, de la familiaridad, del amor “esponsal”. Quien expresa la preferencia por el Señor se descubre bendecido en todo lo humano que se le da y se le pide vivir.

Esto alcanza su culmen en la relación con Cristo resucitado, y el Evangelio que hemos escuchado es ciertamente uno de los más explícitos de este misterio. En él, es en primer lugar Jesús quien viene a mendigar a los discípulos el fruto de su trabajo, con humilde ternura: *Muchachos, ¿tenéis pescado?* (Jn 21, 5)

Cristo, haciéndose carne y asumiendo en la Cruz todo nuestro límite humano, ha venido a provocarnos: ¿Que es del fruto de la humanidad que habéis recibido a imagen de Dios? ¿Qué es de vuestra capacidad de obrar, de amar que habéis recibido a imagen del Dios Creador y Amor? Jesús sabe que nosotros ya no somos capaces de dar fruto según nuestro destino. Nuestra obra y nuestro amor, a la pregunta del Dios mendigo, que nos pide razones de nuestra vida y obra vividas sin Él, tienen que responder con sincera amargura, como los discípulos después de esa noche de pesca infructífera, un seco: “No!”

Todo podía terminar allí, pero el mendigo de la fecundidad de nuestra vida no es un simple cliente matutino que viene a la orilla a comprar el pescado: es el Resucitado. Y Juan, porque es el discípulo amado, el discípulo que cada uno de nosotros está llamado a ser, Juan, reconociéndolo, reconecta su vida y la de ellos con el inicio nuevo que para nosotros es la Resurrección del Señor. No Lo reconoce como cuando a una fisionomía

se conecta por fin su nombre: lo reconoce con el sentido profundo y en el fondo único con el que se puede reconocer a Jesús: la preferencia, el amor que prefiere, que reconoce en Él el tesoro de la vida: *¡Es el Señor!* (21,7), o sea: *Es mi Todo, ¡la cosa más preciosa de mi vida y de la nuestra!* De hecho, lo dice a Pedro, al amigo humano con el que no puede no compartir su Todo.

Pero Jesús ya les había guiado a elegir la vía de la preferencia: *Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis* (21,6). La parte derecha es la parte de la preferencia, de la estima que prefiere. Por eso, dentro de poco, también vosotros, Laura y Tommaso, para forjar la alianza entre vosotros y en Cristo, os daréis la mano derecha, os cogeréis por la mano derecha. Será entonces un gesto como el de los discípulos que, sin hacer comentarios, aceptaron echar las redes a pesar de todo, y volver a empezar a pescar a pesar de todo, sólo porque aquella Presencia se lo pedía y ofrecía.

Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La preferencia se declina en una obediencia que, arriesgada con confianza, expresa la preferencia, le da cuerpo y fecundidad. La fecundidad es promesa, la promesa que el Resucitado hace a nuestra preferencia, que acepta obedecer: *¡Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis!* Sólo la preferencia que acepta obedecer se vuelve fidelidad fecunda, que encuentra en el fondo de la vida un fruto, una fecundidad, un ciento por uno que es más grande de cualquier previsión, cálculo o proyecto. *¡Es milagro!* Es, pues, la obra de Cristo en la carne de nuestra vida.

Pero, qué más es la carne de Cristo en la carne de nuestra vida humana, incluso cuando es crucificada, si no la Resurrección, Su Vida en nosotros, Su Amor en nosotros, Él mismo, *¡Todo en todos y en todo!*

Por eso, realmente, justo ahí, en medio del mar, en la barca, con el peso de 153 peces que la inclinan peligrosamente y con los músculos en tensión para sujetar la red, todavía en medio de todo esto, como en medio del trabajo y de la vida de cada uno de nosotros, en las relaciones bellas y difíciles, dentro de las alegrías y dentro de los dolores de cada vida, de cada familia y comunidad, precisamente dentro, en medio de todo esto, surge verdaderamente en nuestro corazón y entre nosotros el grito: *¡Es el Señor!* El Señor es, el Señor está aquí, el Señor nos ama y hace, por nosotros, nuevas todas las cosas, las cumple, las perdona, ¡las salva y las santifica!

Pero ¿se puede vivir así? ¿Podemos vivir así nuestra vida, nuestra vida tal y como es, tal como se ha quedado? ¿Se puede vivir así, Tommaso y Laura, el casarse, el empezar una familia, se puede vivir así la vida?!

¡Sí, se puede! Es más: ¡no se puede no vivir así! ¿Por qué? ¡Porque Cristo ha resucitado, y ya vive así por nosotros! Él está ya en la orilla de nuestra existencia, nos mira y nos habla, y con su corazón ya abraza todo de nosotros, todo entre nosotros, todo de todos, en el amor del Padre.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist